

cado y de dolor— aparece no sólo como una dimensión existencial debida a la pura finitud y contingencia de la criatura, sino como algo coimplicado misteriosamente en la separación del hombre de la fuente de la Vida y del Bien. La providencia, analizada después de la cuestión del mal, es presentada como una roca de esperanza para el hombre y expresión de una continuada solicitud del creador por los seres que ha puesto en la existencia.

3. Se aprecia a lo largo del libro el esfuerzo constante del autor por ofrecer, no un simple texto de elucubración teológica, sino una obra que dialogue con las preocupaciones del hombre de hoy. El misterio de la creación, afirma el autor, «se encuentra cargado de implicaciones directas que atañen al sentido de la realidad, a la tarea de la persona humana dentro de un mundo al que debe perfeccionar, a la presencia del dolor; a las relaciones entre la visión religiosa y las concepciones del mundo propuestas por la ciencia» (cfr. contraportada). Resultan particularmente actuales los capítulos donde el autor trata de las cuestiones fronterizas entre la ciencia y la fe (cap. X) y sobre el trabajo humano (cap. XVII).

4. Resulta muy relevante la teología sobre el trabajo y las realidades terrenales que ofrece el libro. El mundo y las circunstancias de vida no son, como una mentalidad excesivamente «espiritualista» pretendería decir, un enemigo del hombre, sino un lugar vocacional para quienes viven en el mundo; es una situación fijada por la providencia para que, desde allí, hombres y mujeres corrientes cooperen en los planes de Dios.

* * *

El libro del Profesor Morales será de lectura asequible tanto para estudiosos de la teología como para cualquier persona culta interesada en la fe cristiana. Esperamos que sirva de instrumento que permita adentrarse en el crucial tema de las relaciones entre Dios, el mundo, y el hombre. Sería muy conveniente que, en sucesivas ediciones, la obra incorporase índices de autores, de materias, y de citas bíblicas.

José ALVIAR

Francisco CONESA, *Creer y conocer. El valor cognoscitivo de la fe en la filosofía analítica*, Euns, Pamplona 1994, 351 pp. 16 x 24.

La relación entre la fe y el conocimiento viene siendo un punto clave de la reflexión teológica sobre la fe cristiana. Esta reflexión ha sido propi-

ciada no sólo por el dinamismo interno de la fe, sino sobre todo por el planteamiento moderno de la relación entre fe y razón. Las diversas teorías sobre el modo cómo lo creído y lo sabido conviven en el mismo sujeto han dado lugar a interpretaciones generales sobre la naturaleza misma de la fe, de la religión y de la revelación. Todo ello supone un cierto cambio del ámbito de reflexión. Si la reflexión teológica actúa siguiendo su método propio, que incluye el diálogo con las aportaciones o posturas filosóficas, la filosofía, en cambio, se erige como juez de los asertos teológicos —y entiendo por ellos tanto las afirmaciones doctrinales como las posturas teológicas— y sentencia sobre el alcance cognoscitivo de la fe en una u otra dirección.

Puede ser útil tener presente lo que se acaba de apuntar a la hora de introducirse en el análisis de la obra de F. Conesa sobre esta misma cuestión. Nos encontramos ante el trabajo de un teólogo, pertrechado con el conocimiento filosófico, pero con mentalidad y finalidad confesada de teólogo. Nadie, por tanto, puede llamarse a engaño. No hay aquí un propósito de «neutralidad», de examen voluntariamente distante de cuestiones «desinteresadas». El autor comienza su libro con las palabras de Jn 6, 69: «Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Hijo de Dios», y afirma: «desde el principio de mi investigación he pretendido llegar a explicitar convincentemente la relación íntima que existe entre creer en Dios y conocerle» (p. 15).

La estructura de la obra pone de manifiesto lo que se acaba de comentar. El primero y más largo de los tres capítulos de que consta («La relación entre la fe religiosa y el conocimiento según la filosofía analítica»: pp. 26-163) ofrece un *status quaestionis* de cómo presentan la fe las diversas posiciones de la filosofía analítica a partir de los años cincuenta. Distingue entre «análisis no cognoscitivos», y «análisis cognoscitivos» de la fe, según reconozcan o no algún valor de conocimiento a la fe los diversos autores. Conesa sigue puntualmente todas las idas y venidas de la discusión dentro de los analíticos, limitándose no sólo a reflejar lo que otros dicen, sino participando frecuentemente en la discusión mediante juicios y valoraciones parciales (que ofrece ordenadas en una valoración final). La pregunta por el valor cognoscitivo de la fe conduce a la de la naturaleza de la misma fe, y ésta —en la perspectiva analítica— a la pregunta sobre las expresiones mediante las cuales el creyente afirma su fe.

En el capítulo segundo, más breve («La naturaleza de la fe cristiana»: pp. 164-211), el autor comienza exponiendo su propio análisis de las expresiones más usadas por el creyente al hablar de la fe, poniendo de relieve su complementariedad y los diversos matices que presentan: la fe como re-

lación con Dios, la implicación de persona y contenido en la fe, el aspecto operativo de las expresiones del creyente, etc. Conesa es consciente de que este análisis del lenguaje es una labor propedéutica para el trabajo propiamente teológico, por lo que, en un segundo momento, se esfuerza por incorporar el resultado de la investigación lingüística en una síntesis teológica, siguiendo para ello el análisis clásico del acto de fe.

Finalmente, en el capítulo tercero el objeto de estudio es la relación entre la fe y el conocimiento. El autor parte del análisis de algunos verbos epistémicos (conocer, saber, estar/ser seguro, opinar), con sus diferentes usos (saber que, saber+infinitivo, por ejemplo), y establece una relación de todas esas formas con el creer, de forma que al final es posible establecer los diversos sentidos que expresa esa acción que llamamos «creer». Estas casi treinta páginas, en las que Conesa hace un buen uso de las obras de los analíticos son muy clarificadoras, porque sirven de esquema de lectura para esos autores y ayudan a precisar los sentidos del creer, de modo que iluminan indirectamente también su sentido teológico. El resto de los epígrafes de este capítulo es progresivamente más teológico. Así, el autor aborda la relación entre fe y saber proposicional (II), la fe en cuanto conocer a Dios (III), la fe y el saber práctico y técnico (IV). Defiende que la fe da lugar a un auténtico saber, y abre el camino a un auténtico conocimiento de Dios, (conocimiento libre e inobjetivo, es decir, conocimiento personal). Muy sugerentes resultan también las observaciones sobre el aspecto práctico de la fe y su relación con el *sensus fidei*. En todos estos análisis, el autor se muestra especialmente sensible a la perspectiva analítica, en la que encuentra puntos de interés para la teología, al mismo tiempo que no deja de poner de relieve sus limitaciones. Concluye este capítulo con el epígrafe V, sobre el estatuto epistemológico de la fe cristiana, que tiene una finalidad de síntesis de los análisis precedentes. Conesa afirma la existencia de una circularidad, que se va enriqueciendo, entre los diversos sentidos del creer, y la apertura de este proceso a la visión.

La obra termina con una interesante selección bibliográfica (pp. 321-351) que corresponde a los diversos niveles de la investigación. Aparecen en primer lugar los estudios teológicos, seguidos de los filosóficos. Estos se dividen en estudios generales sobre el conocimiento, estudios analíticos sobre la fe y el conocimiento (fuentes y bibliografía secundaria), y otros estudios sobre el mismo tema. Finalmente, figuran también algunos estudios lingüísticos de interés.

No se puede discutir la originalidad del tema del trabajo —que fue presentado como tesis doctoral en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra—. Verdaderamente se hacía necesaria una monografía de

este tipo, que ofreciera un examen y una valoración globales del pensamiento de los analíticos sobre la fe, pero sin quedarse en el mero estudio de la situación, sino yendo más allá hasta el nivel teológico.

Aunque ya se ha afirmado antes, me parece obligado insistir en el objetivo estrictamente teológico que se ha propuesto el autor con esta investigación. Por una parte, Conesa ofrece una valoración atendida a la realidad de la filosofía analítica, es decir, con un conocimiento concreto de las diversas posturas de esta corriente, de los matices, de las interpretaciones que entran en diálogo, de lo que permanece como válido dentro de los mismos analíticos, etc. Mira indudablemente con simpatía el pensamiento de esos autores pero sin dejarse deslumbrar por él. Reconoce las perspectivas interesantes y útiles que presenta para el discurso teológico, de forma que se haga posible un auténtico diálogo con esa parte del pensamiento moderno. Al mismo tiempo, no pierde nunca de vista la función instrumental que el estudio de ese pensamiento tiene para el teólogo. Por eso, no ha encontrado dificultad para dar el salto, siempre que ha sido necesario, a la reflexión teológica propiamente dicha.

Una vez dicho lo anterior, queda todavía por responder la pregunta por el valor de la aportación de la filosofía analítica de cara a la comprensión teológica de la fe cristiana. Hay una indudable aportación indirecta, en la medida en que propicia en el teólogo una reflexión novedosa de cara a responder a las críticas de esa filosofía a la naturaleza de la fe. Así, por ejemplo, frente a los análisis no cognoscitivos de la fe, el teólogo se ve obligado a examinar los fundamentos en que se apoya esa crítica y a aclarar el sentido teológico del conocimiento de fe. En ese sentido, el diálogo de la teología con los analíticos es la actualización del diálogo permanente de la teología con la filosofía, que en nuestro tiempo ha sido y es todavía, al menos en parte, la analítica.

Pero aparte de esa aportación indirecta, ¿hay algo más en la filosofía analítica que suponga una aportación directa, de modo que a partir de ella la teología de la fe se vea enriquecida por la asimilación de algo que le viene de aquella? Me parece que a esta pregunta no se puede dar una respuesta demasiado rotunda. No es fácil ver dónde reside la aportación propiamente teológica, y quizá no podía ser de otra manera. Un pensamiento tan centrado en la filosofía del lenguaje y en su uso, con frecuencia, además, con tantas reticencias hacia una consideración metafísica de la realidad, me temo que se ve constitutivamente limitado en su alcance. De hecho, la labor crítica desarrollada por Conesa en su estudio nos permite llegar exactamente al punto en que se encuentra la teología contemporánea de la fe.

El autor ha logrado sacar a la filosofía analítica todo lo que ésta puede aportar a la teología y, en ese sentido, ha realizado un trabajo que sólo un teólogo puede realizar. Lo que sucede es que el resultado, por lo que se refiere al diálogo filosofía analítica-teología a propósito del carácter cognoscitivo de la fe es más apologético que teológico. Lo que con esta distinción se quiere decir es que el diálogo con la filosofía analítica permite al teólogo, sobre todo, hacer un interesante acopio de reflexión filosófica que se halla en la misma línea de la fe cristiana, descubrir convergencias entre la teología y la filosofía que resultan de gran interés, y responder a las dificultades que la razón analítica plantea al cristianismo. Se me podría objetar que la apologética es necesariamente teología, a lo cual no opondría ninguna reserva. Pero hay una diferencia que no se debe olvidar: la teología, la reflexión teológica, tiene una consistencia en sí misma, se define principalmente por el objeto, mientras que la apologética, siendo teología, depende para su consistencia del sujeto, del creyente o del llamado a creer. Conesa ha hecho también teología de la fe, pero entonces se ha independizado de la analítica y ha acudido a otras fuentes.

En resumen, la obra de Francisco Conesa será en adelante un punto de referencia obligado para todos los que se ocupen del carácter cognoscitivo de la fe y, muy particularmente, para quienes deseen manejarse con soltura en el pensamiento analítico sobre la fe

César IZQUIERDO

Aurelio FERNÁNDEZ, *Teología Moral I. Moral Fundamental*, ed. Aldecoa («Facultad de Teología del Norte de España. Sede de Burgos», 59), Burgos 1992, 829 pp., 18 x 24,7.

Fruto de una larga e intensa actividad de investigación y estudio es el presente manual de Teología Moral del profesor Aurelio Fernández. La diversificación de sus publicaciones, y de su tarea docente misma, que abarcan desde la filosofía a la teología moral, pasando por la teología dogmática, revelan el talante inquieto y riguroso de quien, por haber comenzado su formación intelectual en el área de la filosofía, acomete con hondura las cuestiones y tareas que plantean un reto a la cultura de un tiempo como el nuestro.

Precisamente, una de las notas que más claramente resaltan en los tres gruesos volúmenes que integran este manual, es la del rigor filosófico en el tratamiento de los diversos temas. Esta característica se pone particu-